

Manuel Hernández: sin nombre y sin generación

VJ Romero
Magíster en Literatura Hispanoamericana
Pontificia Universidad Javeriana

*No sé si lo lograste ni siquiera,
Vago hermano mayor, si has existido,
Pero estoy solo y quiero que el olvido
Restituya a los días tu ligera
Sombra para este ya cansado alarde
De unas palabras en que esté la tarde.
A un poeta menor de 1899, El otro, el mismo,*

Jorge Luis Borges

Introducción

A Manuel Hernández, que parece un capitán de barco, escondido detrás de su barba blanca, sus canas y sus ojos claros, lo conocí hace años en una tertulia sobre la ciudad en el barrio La Candelaria, de Bogotá, en una mansión cercana al Chorro de Quevedo, a dos cuadras de la casa donde murió el poeta Silva, en esa zona que es, de alguna manera, un epicentro de la vida urbana de Bogotá. No fue gratuito. Hernández —ahora que lo trato lo sé— es un especialista en Borges, y es, como Borges, un hombre, un poeta inquieto por la ciudad, por esa masa de cemento y colores vistosos que se levanta allí, justo donde termina el campo.

En sus poemas puede leerse esa preocupación que permea toda su obra, no sólo en poesía, sino en prosa, y por supuesto, también toda su vida. Pero Hernández también es, eso se ve a lo lejos, un bohemio, un seductor que se esconde detrás de las palabras.

Pero además de seductor y bohemio es un solitario empedernido al que a veces la soledad lo apabulla, pero que sabe cómo levantarse el ánimo con un par de vodkas, unos versos, o un libro de Pierre Bordieu o de Lucien Goldman. Es un experto en ciudad, al que lo preocupa este espacio hermoso, por lo poético, que es Bogotá. Lleva varios años intentando que la ciudad sea mejor, pero infortunadamente, y eso se le nota por la lejanía y el denuedo con el que habla de los Alcaldes de la última década, no ha podido hacer nada. Es claro que Bogotá no es una ciudad, así se la hubiera conocido como la Atenas Suramericana, para poetas. Ahora sólo cabe el pragmatismo milenarista del neoliberalismo: se tiene plata o no se es ciudadano, parece que fuera la consigna de los dueños de la ciudad. Pero Hernández, a pesar de todo, vía sus amigos concejales, o sus amigos periodistas o sociólogos, sigue intentando ese sueño, ahora falacia, de que la ciudad sea un lugar para todos.

Y por el camino de pelearse con alcaldes matemáticos y alcaldes ricos y burgueses también se ha ido convirtiendo, entre otras cosas porque no le interesa otra cosa, en un poeta solitario, sin generación. O para decirlo con unas palabras que agrupan mucho más: se ha convertido en otro de esos cientos de poetas que pertenecen a la generación sin generación, que ya son legión en este país, en el que los intelectuales y, en general, los escritores les

temen a los moteos, a las etiquetas. Por eso, Manuel Hernández, el poeta, se declara un poeta sin generación, a pesar de que por su edad y por sus cosmovisiones debería, así lo creo, pertenecer a la *Generación sin nombre*.

Libia Bayona, en las conclusiones de su trabajo de grado *Generación sin nombre. Un grupo con nombre de generación*, Universidad Javeriana, 1999, esquematiza en cinco puntos las características que debería haber tenido un poeta para haber sido miembro de la Generación sin nombre, y si nos atenemos a ellas (escritor estructurado, crítico, catedrático universitario, promotor de la cultura y fundador de revistas), pues no nos queda más alternativa que decirlo: Manuel Hernández, así a él no le guste, como a García Maffla, ser parte de esta generación, de este grupo, pues simplemente lo es.

Además porque Manuel Hernández se enmarca, como dice Bayona, así no aparezca en el marco de la foto, en «esta nueva condición de poeta, que se remite a ser escritor o estudioso de la literatura, y que configura una nueva condición de artista que desciende del pedestal sobre el que acostumbraba a alzarse la condición de «literato» en nuestro país y, en general, en América Latina, y se convierte en un hombre común, que participa de la división del trabajo, propia de las sociedades modernas, donde ya no es un desempleado privilegiado.

«El grupo de poetas de la *Generación sin nombre* plantea una nueva búsqueda frente a las posibilidades de la poesía, ya sea desde la diversidad de matices y formas en cada poeta o en el valor de la palabra. Con ella se superan la obviedad y lo evidente de lo inmediato, para lograr un encuentro con la palabra, que es desesperanza y revelación de lo indescifrable que se vive cotidianamente» (Bayona: 42).

En el presente trabajo vamos a mostrar no sólo las razones de su pertenencia a la *Generación sin nombre*, sino que vamos a intentar mostrar también las razones de su alejamiento del grupo, de la generación.

1. La neurosis clasificatoria

Aunque nació en 1943, Manuel Hernández no apareció en la fotografía de la casa de Cobo Borda, publicada en *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, el 3 de diciembre de 1967; ni apareció en la fotografía de la revista *La estafeta literaria*, publicada en Madrid, España, el 15 de marzo de 1969; ni apareció en la *Antología de una generación sin nombre*, prologada por el poeta español Jaime Ferrán, ni ha pertenecido nunca a la *Generación sin nombre*. De tal suerte que este poeta es como una isla, como un tornillo suelto, de esa realidad extraña y amorfa que es la poesía colombiana después de *Mito*.

Además, el mismo Hernández asegura que, así como lo dicen muchos de sus críticos, él no se considera escritor. Eso, a pesar de haber publicado tres libros de poemas (*Los cuatro elementos, Interior/exterior, La ciudad perdida*), de haberse ganado un concurso de poesía sobre Bogotá, convocado por *El Tiempo* y la Casa de poesía Silva, («que por los celos y la envidia de Juan Manuel Roca tuvo que compartir con un señor Iván Beltrán, un discípulo de Roca que nunca más volvió a sonar»), y de ser autor de novelas (*Ese último paseo*), cuentos y ensayos, (entre ellos *Borges de la ciudad al mito*). Claro que también en la Universidad de los Andes, en donde ha trabajado durante más de veinte años, ha figurado siempre como escritor.

Tampoco se incomoda porque le digan que no forma parte de la *Generación sin nombre*. De hecho, Libia Bayona, en su trabajo de grado ni siquiera lo menciona, a pesar de que en su entrevista con Álvaro Miranda él sí lo menciona, aunque lo hace para decir que «no se puede vincular, pues él (Manuel Hernández) y otros se hicieron cada uno por su lado, en su terruño, y con ellos nunca nos encontrábamos» (Bayona: 202).

Informalmente, Hernández se siente más identificado, cualquier cosa que ello signifique, con el *Nadaísmo*. De hecho, al hojear/ojear sus poemas, el lector puede percibir esa cercanía con lo nadaísta. Y también se percibe su

cercanía al *Nadaísmo* por su desprecio de los protocolos y las formas, por su irreverencia frente a muchos paradigmas preestablecidos, por su gozo y, de alguna manera, su visión un tanto existencialista frente a la vida y al deber ser de las cosas. Pero él, a los 61 años, en todo caso, se siente más allá del bien y del mal. Le da más importancia al hecho de haber vivido, y siente que ha sido feliz, que al hecho de haber sido, o ser parte, de una corriente, un grupo o una generación. Le gusta haber estado ahí.

Además, es una constante en su pensamiento y en sus afirmaciones, su desprecio por lo antológico y por las antologías. Dice, entre todo lo que dice, que nunca haría una. Pero es aún mayor su indiferencia por las etiquetas, por las pertenencias y por las clasificaciones. De estas últimas dice que son producto de la neurosis. Que el ánimo clasificatorio es un ánimo neurótico. Por eso, se alegra de poder decir que no pertenece a nada. Que es poeta, para los que quieran leerlo como poeta.

Cuenta, más con extrañeza que con alegría, que en el 2001 Editorial Norma publicó una antología de la poesía colombiana para jóvenes, y que al único poeta de los últimos cincuenta años al que incluyó fue a él. «Y eso —lo dice entre risas— que yo no soy de los que ando buscando cómo figurar».

Mi problema de pertenencia —asegura— no pasa por ahí. Pertenecer, afiliarse, profesar no es el caso mío. Ni soy canónicamente escritor, ni poeta, ni ensayista, ni novelista, pero hago novela, ensayo, poesía. No soy profesor de literatura, pero fui profesor 20 años. A mí no me identifica la profesionalidad, me identifica la acción. A mí me gusta estar en las cosas, pero no me dejo poner etiquetas... Creo que es necesario decir, y entender, que hay personas que viven de otra manera, que no tienen que participar en grupos, en generaciones, o que se salen de las generaciones.

De alguna manera, el poeta Manuel Hernández, más que acercándose, ha estado

alejándose de todo. Lleva una vida que algunos podrían considerar huraña, pues la verdad es que no le gusta eso de estar figurando. Aunque figura. De hecho, se lo ve en la televisión en programas sobre ciudad, se lo ve de candidato al Concejo de Bogotá, se lo ve publicando memorias de gobiernos, se lo ve en conferencias universitarias. Pero, a pesar de todo eso, él insiste en que no le gusta figurar.

Acerca de su lejanía de la *Generación sin nombre*, de su pertenencia o no a ella, asegura:

Yo creo que hay cosas más importantes que si uno apareció o no en una foto. Recuerdo que Cobo nos citó y nos tomó la foto. Esa es la foto de la *Generación sin nombre*. A los dos años de esa foto Jaime Ferrán hizo un libro y los que no quedamos en ese libro entonces ya no pertenecemos a la *Generación sin nombre*. Pero eso de pertenecer o no a una generación o a un grupo —insiste— no tiene ni la más mínima importancia. Sólo en una pequeña parroquia, chiquitica, tiene importancia. O, mejor aún, creo que, en realidad, el problema tiene una magnitud histórica más compleja: yo diría que nosotros (y me temo que está hablando de los que nacieron después de 1943) somos una generación, y a esa sí pertenezco, posterior al estallido de la bomba atómica.

Y en esa intención suya, muy borgiana, por demás, de no querer motes ni para él ni para su poesía, ni de querer figuraciones más allá de las cosas mismas, como acto, es en donde se lo encuentra cerca de la *Generación sin nombre* y lejos de los nadaístas. Como lo afirma Óscar Collazos, citado por Libia Bayona:

estos nuevos escritores de la *Generación sin nombre* no trataban de establecer rupturas, ni de elegir estrategias publicitarias, ni de elaborar un nuevo manifiesto, sino de configurar la creación poética como un acto de creación individual, donde cada uno elegía y valoraba sus influencias. Por tanto, se dio un proceso de selección pausada, así como una revisión de la tradición poética colombiana, donde era consciente el papel de crea-

.....
El poeta Manuel Hernández, más que acercándose, ha estado alejándose de todo. Lleva una vida que algunos podrían considerar huraña, pues la verdad es que no le gusta eso de estar figurando. Aunque figura.
.....

dor, no de fundador... El poeta de estos años se reconoce en sus fuentes y afianza su aprendizaje, sin la conciencia fantasiosa de estar empezando a construir el año cero de la poesía» (Bayona: 37-38).

Pero la identificación plena de Hernández como miembro de esta generación a la que él dice sí pertenecer viene del mismo Cobo, citado por Bayona.

Cobo Borda establece algunas semejanzas de su grupo poético con la generación de Posguerra en América Latina (1945), caracterizada así por Octavio Paz en su libro de *Ensayos In/mediaciones*: «Estos poetas habían aprendido a reflexionar y a burlarse de sí mismos: sabían que el poeta es el instrumento del lenguaje, sabían así mismo que con ellos no comenzaba el mundo, pero no sabían si acabaría con ellos.

2. Sus orígenes, sus primeros poemas

Manuel Hernández no se considera, a pesar de haber nacido y vivido en Bogotá casi toda su vida, un poeta urbano. Es más, ni siquiera se siente un ciudadano, y si lo hace, lo hace con temor, como Borges. Cree, a pie juntillas, y hasta asegura que es un campesino.

Yo tengo un alma campesina. Un alma acostumbrada al disimulo, al silencio, a ciertas formas de armonía que vienen de lejos, desde *Los trabajos y los días*, de Hesíodo. Tienen que ver con la observación de los ritmos de la naturaleza. Y la naturaleza para

mí es mítica, como para Pavese, que en sus *Diálogos de Leuco* vuelve a hacer encarnar los mitos en las fuerzas de la naturaleza.

Yo soy un campesino. No soy un campesino católico, pero sí soy un campesino. Para mí, el campo, como realidad terrena, es más fuerte que el catolicismo. En ese sentido, yo sería pagano, pavesiano. A Pavese le preocupa el perfil de una montaña por la noche o al alba, la luz de una noche de luna, de primavera, correr por la montaña en multitudes, descubrir que las mujeres son misteriosas, que pueden vivir solas, que pueden cerrar la puerta para el varón, son cosas serias, profundas, campesinas.

La búsqueda que ha permeado su poesía, o que la permeó porque, según él, ahora está dedicado a otras cosas, la define así:

lo único que yo busco es una expresión que sea mía, que no sea de otro, para decir esas cosas. Obviamente, me da mucha pena, me da mucha vergüenza, me da oso, porque como soy campesino, pienso que estoy rompiendo algo, que más me valiera haber permanecido en el silencio. Es decir, yo soy premoderno, en ese sentido.

Y como parte de esa búsqueda tan personal y tan íntima, por esa supuesta premodernidad en la que se haya, como campesino que se considera, está también su alejamiento de las cosas, de los grupos, pero sobre todo de las clasificaciones:

a mí no me da ningún orgullo ser poeta, ni me muero de ganas de que me den un cupón del «Sisbén» poético. Jamás en la vida se me ha pasado por la mente buscar eso. No sé para qué se hacen las antologías, no sé para qué se hacen los libros, no sé qué significa transmitir nada. Pienso que la palabra es un acto, que por lo tanto no transmite, sino que ya está ahí.

Y entonces prefiere hablar de su poesía, de esos años en los que a tientas, a despecho de la realidad, iba redactando sus cosas, sus poemas, que hablaban de su realidad, y de la de su entorno:

Fui criado en una ciudad fría en un barrio modesto/ el pavimento/ el alumbrado/ la reforma de las casas vecinas/ me llegaron a cierta edad.// Cuando volvíamos de tierra caliente/ tenía una limpia sensación de desear el río/ y a veces/ traíamos gallinas entre talegos/ en el tren// En el campo/ paseaba con mi padre /sudorosos bajo el sol/ y me gustaba/ con una varita/ azotar las malezas al borde del camino.// Después mucho después/ aprendí palabras como suburbio/ crepúsculo/ naturaleza/ desperdicios/ avenida/ pared rugosa/ y muchas más./ (Origen, Los cuatro elementos, Manuel Hernández: 11)

3. La ciudad

Un buen día descubrió que había maneras de redactar ejercicios poéticos sobre la ciudad, y que el tipo que mejor lo había hecho era Jorge Luis Borges. «Pero cuando lo conocí, cuando descubrí a Borges, yo ya había escrito mi poema *Origen*».

Y por el camino de hablar de ciudad, se nos va metiendo la poesía, sus sentimientos y sus percepciones sobre ese ser que está allá, del otro lado de la carretera.

Eso fue como si hubiera descubierto que había un punto de llegada que es la ciudad y un punto de partida que es la linde entre la ciudad y el campo, que es un tema que le ha interesado a la literatura rusa del siglo

XIX, al naturalismo, a Zolá. Walter Benjamín también trabaja todo esto: el cuento de ser campesino y llegar a la ciudad. En realidad, ese sí es un tema bien poderoso. Un tema que cada día va a tomar más importancia, en esta post posmodernidad, postinformática va a volver a tomar una fuerte importancia. Visto desde cierto ángulo, yo me volví experto en la ciudad. Tal vez por ser campesino me volví experto en la ciudad, se entiende. Soy un experto, no en Bogotá, sino en el tema de la ciudad en el mundo.

Y en medio de esa constante búsqueda de lo urbano, de la ciudad como cosa que merece ser conquistada, merecida, fue cuando —claro, muchos años después—

me gané el premio de poesía sobre Bogotá. Escribí un poema largo, histórico, que se llama 1890. El poema me dejó en claro que tendría que escribir más. Me puse a pensar en qué le pasaba a Bogotá, y como vivo en el Centro, descubrí que, gracias a la vida universitaria, que está concentrada en el centro, había otras maneras de integrar a Bogotá. Se me ocurrió la idea del corredor universitario: «la ciudad en la noche es un árido palacio cuyos corredores son las calles y cuyas habitaciones son las plazas», como dice el cuento *Sur*, de Borges. El corredor era una respuesta seria a todas las idioteces de Antanas, los mimos y todo eso. Era seria. Y era para hacerla con busetas.

Además, asegura, todo el mundo tiene una ciudad soñada en alguna parte del alma. «Yo creo que la integración de la ciudad debe ser una integración universitaria, pero no se cumplió».

Largos potreros con construcciones al fondo/ muelles viviendas hospitales/ estaciones de ferrocarril/ no acolinados planos/ con montecitos de maleza/ zonas sin pasto/ andenes desportillados/ charcos donde el balón se moja/ y hay que secarlo a patadas/ y un deseo como de correr y agitar los brazos. (Paisaje, Los cuatro elementos: 13)

4. Una juventud efímera

Manuel Hernández cuenta que en su poca juventud, le duró hasta los 23, hizo muchas cosas, pero que, de ninguna manera cree que tenga que seguir toda la vida en lo mismo. Y esto lo hace válido para la poesía. Asegura que realizó muchas actividades, pero que fue joven muy poco tiempo. De esos años del pelo largo y la mochila, dice que fueron muy interesantes, pero pasajeros: «Sí, es verdad, tuve una colonia hippy, del 68 al 71. Pero eso lo hice porque era más cómodo que trabajar en una oficina. Era por simple comodidad».

Tampoco, afirma, se quedó en el pensamiento revolucionario de aquellos años. Y claro que reconoce la importancia de la Revolución Cubana, del mayo francés, de *The Beatles*, de *The Rolling Stones*, pero de alguna manera se burla, entre cínico y nostálgico, de todo eso. Me dice: «Hay gente que piensa que soy de izquierda». Me pregunta: «¿Qué posibilidad hay de que yo tenga fe en el materialismo histórico?», y me contesta: «ni la más mínima».

Piensa que por haber terminado su carrera de Derecho en la Universidad del Rosario y por toda la vida cultural que llevaba, su juventud fue muy corta. Que todas esas vivencias lo llevaron a madurar muy pronto, no sólo en el sentido, en el uso de las palabras, sino también, y además, en la vida misma.

A esa edad, o sea, a los 23, yo ya estaba formado. Pero lo que acabó de formarme fue haber montado la obra de teatro de Samuel Becket, *Final de partida*. Ahí se me acabó la inocencia. Comprendí el valor del silencio como parte de una expresividad más contemporánea. Eso me quitó, por ejemplo, el derecho a adornar, el derecho a la floritura, al adorno, al pastel, a la decoración del poema, a las frases rimbombantes, al barroquismo. Yo tuve que desnudarme, que despojarme de todo, por la influencia de Becket.

También confiesa que no ha sido un buena vida, que no ha sido un muchacho de clase

burguesa o pequeño burguesa, y que por eso, y por el hecho reiterativo de ser un campesino, siempre ha trabajado y siempre le ha gustado trabajar.

Yo siempre me he ganado la vida. Desde los 19 años yo me pago mi pan. Hasta pienso que una beca no es una manera decorosa de ganarse la vida. En mi moral campesina las becas no existen. Existe el esfuerzo, pero no puede ser pagado de antemano. A mí me gusta el salario por el trabajo realizado».

Primer lector de *Cien años de soledad* en Colombia

Y hablando de su vida y su trabajo, refiere con cierto aire de inocencia cómo fue la historia, el azar, que lo llevó, posiblemente, a ser el primer colombiano que leyó *Cien años de soledad*, de García Márquez.

Cuando terminé mi carrera de derecho en la Universidad del Rosario —cuenta— me hice abogado del Fondo Rotatorio de Aduanas. Tenía que viajar por todo el país. Un día llegué a Cali. Allí, una señora argentina, a la que le habían decomisado sus mercancías en Buenaventura y se las habían enviado a Cali, muy nerviosa, dejó sobre la mesa del administrador de la aduana un ejemplar de *Cien años de soledad*. Después le devolvieron la mercancía y se fue feliz, pero con el nerviosismo de todo el problema a ella se le olvidó el libro. Dos días después de ese incidente, llegué allí y el administrador me dijo: como sé que a usted le gusta la lectura, le regalo esta novela. Por eso, creo que es muy posible que yo haya sido el primer lector de *Cien años de soledad* en Colombia, pues el libro salió en mayo y esto fue en junio de 1967.

Y cuenta que esa también fue su primera lectura crítica, que lo llevó, también por caminos del azar, a la revista *Eco*:

De esa lectura hice unas fichas. 19. Una por cada capítulo. Yo nunca había hecho fichas, nadie me había enseñado a hacer fichas, pero sentí la fuerte necesidad de meter unas

.....
Manuel Hernández, a pesar de sus títulos se considera, como buen poeta, un hombre que lo ha aprendido todo él solo. «Yo me considero un autodidacta, yo nunca he creído que haya que estudiar nada».

cartulinas blancas en la máquina de escribir y escribir lo que pensaba de *Cien años de soledad*. Después escribí un artículo: *Los muertos, un abordaje a Cien años de soledad*. Lo mandé a *Eco* y a los dos meses apareció publicado (Tomo XIX/1, mayo de 1969, pp. 54 y siguientes). No necesité ninguna recomendación. Y el señor Bucholz me pagó.

Como muchos poetas de la *Generación sin nombre*, el joven escritor Manuel Hernández, a partir de ese artículo, se hizo parte de la Generación de *Eco*. Y también hizo parte del complejo cultural de la Jiménez. En esa época, en esa zona de la ciudad estaba la vida. Por allí quedaban las bibliotecas, la Gobernación de Cundinamarca, el Café Automático, los dos periódicos más importantes de la época, *El Espectador* y *El tiempo*, además de la Universidad del Rosario y otras.

Aunque hizo parte de esa generación de jóvenes que se pasaba los días leyendo en la Librería Bucholz, asegura que, contrario a otros poetas de la *Generación sin nombre*, nunca se robó ningún libro.

Nunca he robado libros, ni en la Bucholz, ni en ninguna parte —dice—. Le explico por qué: porque nunca en mi vida he escondido nada debajo de un saco o de un suéter. Nunca, ni siquiera cuando está lloviendo. Lo que uno tiene que ocultar, tiene que ocultarlo en el alma, no en los bolsillos.

5. Profesor, por casualidad...

Libia Bayona, al hablar del momento en el que surge la *Generación sin nombre*, asegura: aquel movimiento, surgido en pleno auge de la comunicación masiva y en el reconocimiento del público hacia la narrativa, asume este nuevo reto y aumenta sus posibilidades de creación, no solamente dentro del género de la poesía, sino en la narrativa, la crítica y la traducción, convirtiendo lenguaje y palabra en verdaderos ejes de la expresión humana (Bayona: 40).

Y, de alguna manera, aunque tema admitirlo, aunque los críticos teman admitirlo, esta es la actitud de Manuel Hernández, para quien la palabra es un acto. Sigo con la cita de Bayona:

Ello contribuye a concebir el acto de creación como una práctica individual, íntima y privada, donde el ensimismamiento es ejercido por medio de la preocupación formal y sistemática para restituirle al lenguaje su poder.

Y Manuel Hernández, a pesar de sus títulos se considera, como buen poeta, un hombre que lo ha aprendido todo él solo.

Yo me considero un autodidacta, yo nunca he creído que haya que estudiar nada. Todo eso de que soy abogado, sociólogo, escritor, periodista es muy raro. Ahí hay un error, una mentira social que no sé de dónde salió.

Tal vez de la carátula del libro *Borges de la ciudad al mito*, o algo así, donde aparezco como sociólogo. Es lo mismo que pasa ahora con la historia de que soy periodista. Le voy a decir por qué escribí una columna durante cuatro años en *El Espectador*, y por qué escribí durante un año una historia social de la literatura, también en *El Espectador*, en entregas semanales: porque me dio la gana. No me amparé en ningún título. Yo no tengo títulos de nada, ni creo en los títulos, porque soy un campesino. A los campesinos no nos doctoran.

Todo este alejamiento de la publicidad, del ruido, que lleva a los poetas de la *Generación sin nombre* a encerrarse en ellos mismos y, cuando más, a entregarse a la vida universitaria, como catedráticos quizás es lo mismo que le ocurre a Hernández, pues él, como miembro apócrifo de la *Generación sin nombre*, no podía ser la excepción. «En palabras de Cobo Borda, esta actitud de querer entregarse a la vida normal, sin cultivar la excepcionalidad, sumerge a estos poetas en una soledad clandestina» (Bayona: 41).

Pero Manuel Hernández no quiere identificarse con los miembros de ese grupo, y por eso, cuando habla de cómo llegó a la universidad, no lo hace como alguien que quiere narrarnos una historia de su exilio, sino como alguien que quiere mostrarnos que su vida ha sido trazada por el azar:

¿Cómo entré a la universidad de los Andes?, así: a una tertulia, para leer poemas de gente joven, menores de 30 años, en la que estaban García Maffla y Gonzalo Hernández de Alba, también estaba invitado el filósofo Danilo Cruz Vélez. Yo leí mi poema *Cero*, un poema un poco alemán. A Danilo le gustó mucho. Ahí me conoció. Cuando en noviembre de 1978 vino Borges a Bogotá, yo quería hablar con Borges porque ya en esa época yo había leído la obra completa de Borges, en mi propia casa, sin tomar ningún curso sobre Borges, ni nada que se le pareciera, pero no pude entrar, pues yo no tenía invitación. Entonces, cuando iba por

la calle, echando chispas porque no había podido entrar, vi venir a Danilo, que era miembro del Consejo Directivo de la Universidad de los Andes. Me preguntó: ¿por qué llevas esa cara, Manuel? Porque quería entrar a hablar con Borges y no me dejaron entrar. Entonces me dijo: «Toma mi invitación». Ese día le hice la pregunta a Borges sobre su cuento largo *El congreso*, que parece que era una pregunta que nadie le había hecho. Al día siguiente de ese acto público/privado me llamaron a ofrecerme una cátedra sobre Borges».

Claro que no ha sido profesor sólo en la Universidad de los Andes, en donde, como ya hemos dicho, lleva más de veinte años. También fue profesor en la Universidad Complutense, de Madrid, en 1982, pues en uno de esos años sabáticos que ha tomado, decidió irse a conocer Europa y allí estuvo un año. Durante ese viaje se entrevistó por última vez con Jorge Luis Borges, en Madrid. De esa entrevista nació la idea del libro sobre Borges, que publicó en 1991.

6. Influencias

A Manuel Hernández no le gusta hablar de sus contemporáneos. Y dice que los ha leído. Y lee mucho. Cuando le pregunté por sus influencias, me contestó:

Yo tengo tres libros de 1964: *La pregunta por la cosa*, de Heidegger, los poemas de *Trabajar cansa*, *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, de Pavese, y alguna cosa de Andre Rieu y de Aldous Huxley. A mí me parecieron unos mundos exquisitos, y yo decidí que yo quería pertenecer a esos mundos, así, muy *naive*, a mí me pareció que ahí había algo, una pregunta de por qué la tierra era tan amada y tan odiada por el hombre, la Tierra, la habitación del hombre. Y también los *Diálogos después del almuerzo* en contrapunto. Yo dije: miércoles se puede vivir comiendo y conversando, como en el ateneo griego. Eso me pareció descrestador. Y también que un tipo se dedicara a fisgonear los fenómenos del despertar sexual y del despertar laboral

en los adolescentes del valle del río Po en la península itálica entre 1925 y 1948, que es el caso de Pavese. A mí eso me pareció descrestadorsísimo. Esas son mis influencias.

Y cuando se trata de los colombianos, realmente prefiere no hablar. O quizás, muy de lejos, menciona a los Nuevos y a los poetas de Mito, pero, de verdad, prefiere no hablar de ninguno. De José Asunción Silva está alejado. Y más de su Nocturno:

A mí el nocturno de Silva no me gusta —dice—. Me parece una cosa toda repetitiva, un poco pendeja, fúnebre, detestable, pálida. A mí me gusta el Silva social, me gusta muchísimo, el de *Las dos mesas*, el del *El recluta*, el Silva rápido, fotográfico, absolutamente fulminante y brillante, desencantado, ese Silva me gusta mucho.

Y cuando lo invito a que hablemos, entonces, de la vida personal de Silva, me dice, con un dejo de ironía:

Los poetas, en general, son seres muy tímidos. Los críticos literarios son bastante imbéciles. Todas esas fábulas que se han tejido en torno a Silva son carreta. La única persona que ha hablado de que Silva padecía impotencia es el presidente López Michelsen, según él, entre las cosas de Silva encontraron una fórmula de un elixir, del Viagra de la época, digamos. Recuerde que tenía 52 juicios civiles ordinarios. Y nadie sobrevive a eso. Ni a una impotencia, a una disfunción eréctil, digamos.

Remata toda esta diatriba diciendo que no leyó nunca a William Faulkner, que se supone es parte de la tradición, de lo que hay que leer. «A Luis Vidales, por ejemplo, no lo he leído nunca». Prefiere, en todo caso, a los críticos,

quizás porque eso le aporta a su producción y a sus cátedras:

Yo leo a Lukács porque él entendió a Balzac. Ese, digamos, es el cuarto libro que he leído. Porque habla de la novela realista, y la novela realista es una cosa maravillosa. Pero nadie se va a leer a Balzac completo. Yo leí *Papá Goriot*, y creo que no voy a leer nada más».

Al final, me cuenta que leyó *Crimen y Castigo*, de Dostoievski: «eso fue a los 13 años. Lo leí en un libro que era de un tío. Él después de leer la obra cometió un crimen, para no romper el vínculo con la obra, la continuidad preformativa de la obra...

Conclusión

Así, pues, Manuel Hernández fue parte de la *Generación sin nombre*, porque, es necesario decirlo, esta generación estuvo conformada por escritores que nacieron entre el 40 y el 50, y él fue uno de ellos, pero no perteneció al *Grupo de la Generación sin nombre*, pues, excepto por su actitud poética y su actitud ante la vida, no se identificó, ni se reunió en muchas ocasiones con la gente de ese grupo.

Claro que la característica más sobresaliente, aquella que habla de la actitud de los escritores de la *Generación sin nombre*, sí la posee Manuel Hernández. Él, como todos los miembros del grupo, es un solitario que se refugió en la cátedra universitaria, en la crítica y en el silencio. Y ese silencio, que en Manuel Hernández es total, es su mayor garantía de ser, o haber sido, de esa generación: él ha decidido alejarse del mundo de la poesía y refugiarse en su silencio, en un silencio del que a veces lo sacan actividades culturales o políticas. **hU**

Bibliografía

- BAYONA, LIBIA, *La generación sin nombre. Un grupo con nombre de Generación*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999.
- ECAHAVARRÍA, ROGELIO, *Antología de la poesía colombiana*, Tomo II, Biblioteca Familiar, Bogotá, Presidencia de la República, 1996.
- LUQUE MUÑOZ, HENRY, «*Generación sin nombre*»: *la modernidad como pasión*, México, Alforja, revista de poesía, 2001.
- , *Tambor en la sombra*, antología de poesía colombiana, México, 1999.
- HERNÁNDEZ, MANUEL, *Los cuatro elementos*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.
- , *Interior/exterior*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1977.
- , *La ciudad perdida*.
- , *Ese último paseo*, novela, Arango Editores, Ediciones Uniandes, Bogotá, 1997.
- , *Borges de la ciudad al mito*, ensayo, Ediciones Uniandes, Bogotá, 1991.